

para ganar dinero. Si yo hubiese tenido que elegir un lote de entre todos aquellos en que está repartida la vida humana, estoy seguro de no haber elegido ningún otro que el que me ha cabido en suerte. Me hallo sincera y enteramente contento.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY

CAPÍTULO V

1841-1844

Macaulay establecido en Albany.—Cartas á Mr. Napier.—Warren Hastings y el Vicario de Wakefield.—Laigh Hunt.—Duda de Macaulay acerca de la conveniencia de publicar sus ensayos.—Lord Palmerston como escritor.—Las canciones de Roma.—Hermosa conducta del profesor Wilson.—Publicación de los ensayos por segunda vez.—La vida de Adison por mis Aikin.—Macaulay en la oposición.—La cuestión de la propiedad literaria.—Lord Ellenborough es vuelto á llamar.—Macaulay como orador público: opiniones de los periodistas.—Expedición al Loire.—Cartas á Mr. Napier.—Cuestiones en el Parlamento.—Pago del clero católico romano irlandés.—Barère.

El cambio de gobierno fué todo menos una desgracia para Macaulay. No perdió más que una renta, que él podía muy bien recuperar de otro modo, y cuyo valor había de ser dentro de muy poco tiempo reemplazado con ventaja con el trabajo de su pluma, y en cambio ganaba su tiempo, su libertad, el poder de hablar lo que pensase, escribir cuando quisiera y vivir á su gusto. El plan de vida que eligió fué determinado por sus gustos y la naturaleza de sus aficiones. Hacia fin del año 1840 Mr. y Mrs. Trevelyan volvieron á Clapham, y Macaulay dejó la casa de Great George Street y se acuarteló en unos cómodos salones de un piso segundo en Albany; aquel voluptuoso monasterio cuya inviolable tranquilidad producía tan agradable contraste con el ruido y movimiento del tráfico de Picadilly. Sus cuartos, situados en la esqui-

na de lo que fué biblioteca, eran confortables, aunque no estaban lujosamente amueblados. Los adornos eran pocos para elegidos: media docena de grabados italianos buenos, de sus grandes maestros favoritos; un hermoso reloj francés, provisto de un juego de tocatas singularmente melodiosas, regalo de su amigo y editor Mr. Tomás Longman, y las estatuitas en bronce tan conocidas de Voltaire y Rousseau (ninguno de ellos personaje de su particular afición) (1), que le fueron regaladas por lady Holland como recuerdo de su marido.

(1) Macaulay decía en una carta á lord Stanhope: «No tengo juicio formado acerca de Juan, duque de Bedford. Era ciertamente su cabeza caliente. Es esta una cualidad que está sobre la superficie de su carácter, y acerca de la que no es fácil engañarse. En cambio, reconocer si un hombre es de corazón frío ó no, es una cuestión mucho más difícil, porque emociones muy fuertes pueden esconderse tras de una apariencia estoica, al paso que maneras benévolas y cariñosas se concilian con una insensibilidad absoluta. Romilly, que poseía una sensibilidad morbosamente fuerte, y que murió martir de ella, era, según muchos, incapaz de afección. Rousseau, que casi agotó sus lágrimas llorando las desdichas del pueblo, vendía y calumniaba á todos los bienhechores suyos que le rodeaban, y enviaba sus hijos á la casa de expósitos.»

Los sentimientos de Macaulay con respecto á Voltaire, están bastante bien claramente expresados en su *Ensayo sobre Federico el Grande*. Escribe á propósito de su visita á Ferney en 1853: «El gabinete donde Voltaire acostumbraba á escribir mira, no hacia el Montblanc, del cual podía tener desde allí una hermosa vista, sino hacia una terraza y una arboleda. Quizá él deseara ahorrar su vista, porque acostumbraba á quejarse de que la nieve le molestaba. Estoy satisfecho de haber visto un lugar acerca del cual había leído y soñado tanto, un lugar que hace ochenta años era mirado con el más profundo interés en toda Europa y visitado por peregrinos de la más alta posición é inteligencia y cultura más elevadas. Creo que ninguna casa particular haya recibido tal número de huéspedes ilustres durante el mismo tiempo como han visitado á Ferney de 1768 á 1778. Recuerdo á Marmontel y su caballero del tres-

El primer uso que Macaulay hizo de su libertad fué emplearla en hacer revistas, comenzando por la de Mr. Gleig, que sirviera de un modo distinguido durante los últimos años de la gran guerra de Francia como oficial de un regimiento, y después de haber sido herido cinco veces en acción, consagró á la Iglesia su mérito y su experiencia de la guerra á la literatura militar. Autor de un libro que es bueno y de muchos bastante aceptable, emprendió la compilación de la memoria de Warren Hastings. En Enero de 1841 Macaulay, que todavía estaba en el ministerio de la Guerra, escribió al editor de la *Revista de Edimburgo* en estos términos: «Considero la nueva vida de Hasting como el peor libro que he visto jamás. Me vería inclinado á tratarle sin consideración alguna, si no fuese que el autor es un capitán del ejército y en cierto modo un subordinado oficial mío, y me parece que debe haber algo de tiranía é insolencia en arrojar sobre él la crítica de un libro que creo censurable, tanto más, cuanto más difícil es su posición para desquitarse. Por estas razones, hablaré de este trabajo con mucha más benevolencia de la que merece, al menos mientras no salga yo de mi situación actual, cosa que no será difícil; en este caso, quedaria yo ya en completa libertad de acción.»

Desgraciadamente para Mr. Gleig los whigs fueron

llo; en de La Harpe y su disputa con el patriarca; de madame de Genlis y en toda aquella multitud que llena la correspondencia de Grimm. Lord Lansdowne estuvo muy complacido, y Ellis bastante menos, porque no es volteriano, ni yo tampoco precisamente, pero me interesa mucho la historia literaria del último siglo.» En su diario del 28 de Diciembre de 1850, escribe Macaulay: «Leo la *Fisiología de los monos* y la *Relación de Voltaire*, por Collin—un mono tan malicioso como cualquiera de ellos.»

relegados á la vida privada con tiempo suficiente para poner á Macaulay en libertad de hacer todas las observaciones al trabajo de Gleig que creyese necesarias, y que tenía obligación de hacer si había de realizar el lema de la *Revista de Edimburgo* (1). Los dos primeros párrafos del Ensayo sobre Warren Hastings son como sigue:

«Este libro parece haber sido hecho en cumplimiento de un contrato, por virtud del cual, los representantes de Warren Hastings por una parte, se limitan á dar escritos, y Mr. Gleig, por otra, á dar alabanzas. Es muy justo decir que el contrato ha sido cuidadosamente cumplido por ambas partes, y el resultado lo tenemos á la vista en forma de tres volúmenes grandes y malos, llenos de correspondencia indigesta y panegírico hecho sin ningún discernimiento.»

«Si pasamos á examinar su ejecución es detestable, podríamos hacer con facilidad un largo artículo, meramente con apuntar las relaciones inexactas, las expresiones vulgares y las doctrinas inmorales que contiene. Pero esto pudiera parecer vana crítica demasiado extensa de la obra de un manufacturero de libros; y en cualquier otra cosa puede acreditarse Mr. Gleig que en hacer libros, porque no es más que un manufacturero de ellos, al menos tal como se nos presenta en el que examinamos. Hombres más eminentes han escrito tan mal como él lo ha hecho, cuando se han ocupado de faena tan vil como la suya. Sería injusto juzgar á Goldsmith por *El vicario de Wakefield* ó á Scott por su *Vida de Napoleón*. Mr. Gleig no es un Goldsmith ni un Scott, pero sería igualmente injusto negar que sea capaz de hacer algo mejor que

(1) *Judex damnatur cum nocens absolvitur.*

estas Memorias, así como sería igualmente injusto, así lo espero y lo creo, cargar á cualquier ministro de la religión cristiana con el crimen de sostener deliberadamente algunas de las proposiciones que se encuentran en su libro. No es demasiado decir que Mr. Gleig ha escrito muchas páginas que guardan la misma relación con el *Príncipe* de Maquiavelo que este libro guarda con las *Obligaciones del hombre* y que pueden excitar la admiración en una cueva de ladrones ó á bordo de un barco de piratas. Pero nos inclinamos á atribuir estas faltas á la precipitación, al descuido y á la enfermedad del entendimiento que pudiera llamarse *Furor Biographicus* y que es á los autores de vidas lo que el bocio á un pastor de los Alpes, ó la porquería que devora á un negro esclavo.»

Si estos párrafos pudieran parecer duros, en cambio el castigo que con ellos se imponía á su autor era inmediato y terrible. Es difícil concebir calamidad alguna que más affigiese á Macaulay que la de ver en los periódicos artículos que estaba seguro habían de ser leídos por todas aquellas personas que leen algo en el mundo y que había de aguardar aun tres meses en aparecer una crítica justa de ellos, alguna de estas críticas que considera malo *El vicario de Wakefield*.

Albany; Londres, 26 de Octubre 1841.

Querido Napier: Escribo principalmente para decirle á usted que había ya observado el absurdo desatino en la primer página de mi artículo. Yo no tengo y me apesadumbra decirlo, el consuelo de ser suficientemente hábil para culpar á usted ó á los impresores de esta errata: debe ser un desliz de mi propia pluma. He puesto *El vicario de Wakefield* en lugar

de la *Historia de Grecia*. Le suplico sea tan benévolo como para corregir esta errata en el número inmediato. Si no fuere muy molesto desearía que la corrección fuera un poco más saliente que las usuales, introduciendo dos ó tres palabras de prefacio. Pero esto lo dejo en absoluto á su gusto y juicio.

Siempre verdaderamente suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 30 de Octubre, 1841.

Querido Napier: He recibido su carta y me alegra ver que está usted satisfecho con el efecto que ha producido mi artículo, así como en cuanto á la parte pecuniaria, del artículo yo estoy también satisfecho y aun más que satisfecho. A la verdad, como usted bien sabe, nunca fué el dinero mi principal objeto al escribir, ni aun cuando era verdaderamente pobre, porque al presente me considero como uno de los hombres más ricos entre mis conocimientos, puesto que puedo muy bien producir para gastar un millar de libras en un año, y me bastan con ochocientas para poder gozar de toda clase de bienestar. Reconozco que usted viene á suplir agradablemente lo bastante para ayudarme á amueblar y decorar mis salones, que tengo, á menos que no me equivoque, en el estado de una agradable celda de estudiante.

Y ahora algunas palabras á propósito de Leigh Hunt. Me escribe ayer con gran angustia incluyéndome una carta de usted que le ha impresionado. En realidad creo que ha comprendido mal una frase que usted usa en su carta y que se presta un poco á una mala inteligencia. Le dice usted, que se alegra de

tener un artículo suyo semejante á los de los caballeros, y Hunt toma esto por una reflexión acerca de su nacimiento. Me ruega le diga sinceramente si él le ha ofendido á usted en algo y que le aconseje en este caso. Le contesté que habría comprendido él mal la frase de usted, que estaba seguro se refería tan sólo á una crítica literaria, porque su gusto de usted en obras de esta índole es más severo que el suyo y más aun, también que el mío, siendo usted aún menos tolerante que yo mismo con los ligeros amaneramientos procedentes de particularidades insignificantes de temperamento y enseñanza; que su estilo le parecía á usted que tenía demasiado carácter de coloquio, y que yo mismo pensaba que corría peligro de caer en esta dirección; que al recibir usted una carta de él prometiéndole un artículo muy «gárrulo», no me sorprendía que usted tomara precauciones contra su pecado. Añadía que estaba seguro de que usted le querría bien y recibía su cooperación con gusto; pero que él no debía exigir á una persona que se halla en la situación de usted que escogiese sus palabras con tanta nimiedad; que dirigía usted desde hace muchos años grandes empresas literarias, hallándose en la necesidad de reunir materiales procedentes de gran número de escritores, y siendo usted responsable ante el público del conjunto de todos ellos. Su crédito de usted estaba tan profundamente interesado, que le debía ser permitido hablar con ingenuidad, y que yo sabía que usted había hablado á los hombres dignos de la más alta consideración con la misma ingenuidad que á él, llegando hasta negar la inserción de artículos escritos por hombres tan eminentes como lord Brougham, sin hacerse igualmente escrúpulo alguno de cortar y tajar artículos sobre política extranjera que

habían sido pulidos y limados en los palacios de los embajadores y recibido el *imprimatur* del ministerio de Estado, y que por todo esto debía él, como hombre de buen sentido que era, aguantar que le dijera con ingenuidad lo que usted pensaba, fuera justo ó injusto, acerca de las faltas de su estilo. Respecto á la interpretación que él ha dado á una ó dos de las expresiones de usted, he tomado el asunto por mi cuenta, como amigo de usted, para afirmar que él había comprendido mal su intención, y que usted jamás habría usado aquellas palabras si hubiese creído que podían ser interpretadas por él de un modo tan torcido. Aquí, para entre nosotros, la frase «semejante á los de los caballeros» ha sido usada de un modo un poco duro (1). Con esto he dicho á usted todo lo que ha pasado entre él y yo, y dejo á usted obrar como mejor crea, porque tengo seguridad de que lo hará del modo más digno y humano, pero debo añadir que pienso que usted ha sido demasiado duro con su artículo.

Con respecto á lo de *El vicario de Wakefield* puede ser diferida la corrección hasta el próximo número. No concibo todavía cómo he cometido tal error y se me ha escapado en las pruebas.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres: 5 de Noviembre, 1841.

Querido Napier: Leigh Hunt me envía una carta muy amable y generosa que ha recibido de usted. Pa-

(1) Debe consignarse que la frase «semejante á los de los caballeros» es precisamente el epíteto que Macaulay aplicó á su propio artículo sobre el de Gladstone «Iglesia y Estado».—

rece que le ha satisfecho y hasta conmovido, como no podía menos de suceder.

He comenzado al fin mis trabajos históricos y difícilmente puedo expresar á usted todo lo que me interesan y deleitan. Pienso que con dificultad hay en nuestra literatura vacío tan grande como el que estoy probando á llenar. La historia inglesa desde 1688 hasta la Revolución francesa, es aún para el público educado, una tierra incógnita, y casi creo poder aventurarme á decir, sin equivocarme, que seguramente será difícil que hombres tales como Empson ó Senior puedan repetir con seguridad los nombres de los ministros de aquellos tiempos por su orden. Los materiales para una narración entretenida son inmensos y no me quedaré satisfecho hasta hacer algo que á los pocos días de publicado suplante á la última novela de moda en las mesas de las señoritas.

Quedaría muy reconocido á usted si me dijese cuáles son las mejores fuentes de información acerca de la revolución escocesa de 1688, la campaña de Dundée, la matanza de Glencoe y el proyecto de Darien. Me propongo visitar los lugares de las escenas de los principales acontecimientos tanto en la Gran Bretaña como en Irlanda, y también en el continente. ¿Me podrá costar trabajo alguno pasar quince días en las bibliotecas de Edimburgo el verano próximo? ¿O cree usted que todos los datos necesarios los encontraré en el Museo británico?

Considero indispensable una pintura animada del estado de la Iglesia escocesa.

Siempre de usted,

T. B. MACAULAY.

Albany; Londres, 1.º de Diciembre 1841.

Querido Napier: Parece que no le agrada á usted lo que le indico acerca de Enrique V (1), ni mi idea de una consideración total de este asunto. ¿Qué me dice usted acerca de un artículo sobre Federico el Grande? Tomás Campbell está publicando un libro acerca de este personaje.

Ahora que estoy seriamente metido en un trabajo extenso que puede constituir probablemente la ocupación de los años de fuerza y vigor que me quedan, es preciso que yo elija asuntos para mis revistas que hagan alguna referencia al trabajo, por más que no deba escribir artículos sobre los que haya de tener que tratar de nuevo como historiador, porque de hacerlo, corro peligro en repetirme.

Aseguro á usted que envidio poco á su *Westminster Hall* en el escrito sobre Hastings. Por otra parte hay muchos caracteres y acontecimientos que ocuparán poco ó ningún espacio en mi historia, y que, sin embargo, necesito hacérmelos familiares, y no puede haber ningún ejemplo mejor que Federico el Grande. Su carácter personal, maneras, estudios, relaciones literarias, su disputa con Voltaire, su amistad con Maupertuis y su propia desdichada *metromanía* podrán ser muy ligeramente aludidos, si acaso, en una *Historia de Inglaterra*. Sin embargo, para escribir esta historia, será necesario volver sobre todas las memorias

(1) Macaulay había escrito el 10 de Noviembre: «Si Longnam quiere enviarme el libro de Mr. Tyler acerca de Enrique V, veré si acaso puedo, con el auxilio de Froissart y Montrelet, darle un bosquejo animado de aquella vida tan corta como brillante».

y escritos de Federico que se relacionan con nosotros en una guerra tan importante. En este sentido mis revistas pueden ser muy útiles á mis investigaciones históricas, sin anticipar mi historia ni impedir materialmente su progreso. No quiero meterme en investigaciones enteramente ajenas á lo que constituye ahora mi objeto principal, y todavía menos decir nada sobre asuntos de que he de tener que hablar de nuevo, como la correspondencia de Vernon (1), la *Historia de Guillermo III*, por Trevor.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

En Enero de 1842, Macaulay escribió á Napier: «Respecto á Federico, yo no veo lo que podré hacer con él en setenta páginas; y probaré á hacer una historia de su vida á la manera de Plutarco, cosa que es un poco fuerte. El escrito sobre Clive ocupa mucho; el de Hastings, aunque en mi opinión no vale lo que aquel, ha alcanzado más éxito. Debo producir algo mucho mejor que ninguno de estos dos artículos con un asunto tan excelente como la historia de Federico. Resérveme V. el último lugar si le es posible. Siento muchísimo no haber visto Berlín y Postdam.»

Albany; Londres, 18 de Abril 1842.

Mi querido Napier: Estoy muy agradecido á V. por sus observaciones á mi artículo sobre Federico. Mi original de la revista se ha hecho con lentitud y no pue-

(1) En este período de su vida Macaulay todavía se proponía y esperaba escribir la *Historia de Inglaterra* «hasta los tiempos que están dentro de la memoria de los hombres todavía vivos».